

LA MEDICINA NEO-HIPOCRÁTICA,
EL MÉDICO, EL ENFERMO Y SU AMBIENTE

A FORTUNADAMENTE para nosotros, esta Academia ha podido conservar el *equilibrio de las corporaciones médicas de categoría; en ella se encuentran representadas las partes que forman el cuerpo mismo de la medicina: la ciencia, la técnica y la filosofía. Algunos de sus miembros, y yo ahora en este caso, abandonamos a veces el terreno de nuestra especialidad para hacer algún ensayo humanista, porque la experiencia y la observación nos inducen, cada vez con más apremio, a prestar atención a este campo.*

En septiembre del año pasado, comisionado por la Secretaría de Salubridad y Asistencia, tuve la oportunidad de estar presente en las interesantes discusiones que se llevaron a cabo en la vieja ciudad de Montpellier con motivo del V Congreso de Medicina Neo-hipocrática. El ambiente de tan importante ciudad del Mediterráneo era propicio: el viejo sillón de piedra que usó Hipócrates, empotrado en un nicho frente al muro principal del pequeño auditorio presidía las sesiones. Esa Facultad de Medicina guarda también las huellas de Rabelais y es, con la de Salerno, uno de los dos centros de enseñanza de la medicina humanista más importantes en Europa, celosos guardianes de una tradición procedente de la Escuela de Cos.

La historia cuenta que Saint Gilles, de paso para Roma, hizo estancia en Montpellier atraído ya, en 1153, por la fama de sus curaciones; estaba dispuesto a gastar "quod habebat et quod non habebat" para obtener la salud. Cuentan que salió de la ciudad mejorado y enriquecido con el "Libro de la curación de Montpellier", que era el compendio de la sabiduría médica de aquel tiempo. Dicho sea de paso, Saint Gilles no necesitó ni empobrecerse ni endeudarse, y continuó su viaje a la Ciudad Eterna.

Durante el Renacimiento, la medicina volvió a ser hipocrática; es decir, a tener su sentido humano alejándose de las lucubraciones de la Edad Media. Los médicos de los siglos XV y XVI recogieron ese conjunto de leyes que nadie ha comprendido y expresado de manera tan clara como Hipócrates. Los hospitales y escuelas de medicina fundados por ellos a orillas del Mediterráneo era un verdadero alivio de caminantes.

Cuando hablamos de humanismo no es para referirnos al estudio de las lenguas muertas, importante y necesario juego intelectual, sino que damos a este término su sentido filosófico, considerándolo como la manera de entender al hombre en todas sus complejidades y angustias.

La diferencia que existe entre el buen médico y un médico a secas estriba en su capacidad para comprender de una manera integral todo lo que constituye una situación de conflicto para el hombre, y esto sólo lo da el conocimiento y la personalidad. Cuando no se tienen estas cualidades, deberán tratarse de adquirir por medio de una educación que tienda a dar al hombre una cultura sólida, no una cultura general, ya que esto por lo general no es cultura. La cultura se hace de todo lo que permite al hombre mantener, enriquecer o transformar sin debilitar, la imagen ideal que ha heredado de él mismo. Este concepto de Malraux define con claridad una situación dentro de la cual el médico se encuentra. A los que no consideran necesario el estudio de la filosofía, la historia y la exaltación de la sensibilidad artística puede recordárseles la sentencia de Hipócrates: "Donde reside el amor y la humanidad, se encuentra también el amor al arte." Ahora bien, para adquirir el conocimiento se necesita una metodología y una disciplina y no conformarse con la observación y el análisis superficial de las cosas y los hechos. "Es preciso distinguir entre saber y creer que sabe. Saber es la ciencia y creer que sabe es la ignorancia", dice Hipócrates, consejo que permite alejarnos de la tendencia facilista de ver las cosas sin observarlas y analizarlas sin meditación. El médico necesita tener siempre presente que su actitud debe inspirar confianza, y que ésta únicamente se robustece con el trato humano y con la disposición que tenga para perdonar de antemano todas las debilidades y defectos de los demás para corregirlos y guiarlos con dulzura y comedimiento, pues no debemos ser jueces implacables que dicten sentencias y den admoniciones a la gente que nos consulte. Portes expresó una frase que describe, siguiendo el pensamiento hipocrático, la relación entre médico y enfermo: "Una confianza que va en busca de una conciencia."

Ya había dicho Hipócrates que: "No hay curación sin confianza, no hay confianza sin confidencia y no hay confidencia sin secreto." Como se verá, esta parte de la sentencia hipocrática constituye el punto clave de la deontología médica.

Cosa muy importante para el médico es su postura ante la vida: nunca debe asumir una actitud de vanidosa suficiencia, pues de hacerlo, echará a perder todas sus buenas intenciones: "Dios, evita que yo piense que todo lo puedo."

Esta frase hipocrática se refiere a la humildad que debemos tener para abordar los problemas que se nos presentan, la que nos hará reconocer nuestra ignorancia y pedir la colaboración de quienes puedan saber más que nosotros.

El médico en la actualidad, por sí solo, hará muy pocas cosas sin la ayuda de sus compañeros, los enfermos y la sociedad en general.

Al principiar nuestro siglo, consideraban como charlatán al médico que se atrevía a usar un aparato para hacer el diagnóstico. A medida que la civilización se fue mecanizando, los aparatos se iban usando en la práctica diaria, y ahora corre el riesgo de ser tomado como ignorante quien no los use, pues el enfermo se sentirá defraudado o pensará que ha sido objeto de una desatención.

Hay pacientes "con personalidad de enfermos"; son los que hacen gastar más tiempo y dinero al médico y a las instituciones. En estos casos debemos imponer al supuesto enfermo una conducta normal encaminándolo por el camino psicológico que convenga. En cuanto a los médicos sin personalidad, también son los más dispendiosos, pues como dudan de ellos mismos y de sus conocimientos, obligan a los enfermos a hacer gastos innecesarios. No debemos olvidar que el mejor aparato que se conoce hasta ahora es el cerebro humano.

El médico, en nuestra época, trabaja en taller y debe procurar que no sea tan sólo en el aspecto técnico sino en el intelectual: escuela y seminario de ciencias.

La medicina, es cierto, debe estudiarse toda la vida, pero no únicamente los temas típicamente médicos, sino también los humanos, por eso en los talleres se deberá mantener un espíritu fraternal y aceptar la crítica sana entre los miembros que lo componen.

Para que la medicina no sea "el pariente pobre de la ciencia pura", sino su hermana consentida, debemos fortalecer nuestras cualidades humanas. Únicamente con humildad podremos reconocer nuestras fallas y remediarlas con el cultivo del espíritu y la dedicación a la ciencia. No está por demás insistir en que el descanso y el placer son obligatorios para alternar con un buen trabajo. Oigamos a este respecto la frase de Albert Camus: "Ustedes que aman los pasatiempos graves, las conversaciones de peso. ¿A qué liviandades os entregáis para ser equilibrados?" Esa es la perfecta armonía del hombre.

"No hay más que un fin, un esfuerzo, todo el cuerpo en él participa, es una simpatía universal. El principio que preside al gobierno del organismo es el mismo que rige al universo."

"El hombre no está aislado del mundo. Está ligado a todo lo que existe alrededor de él; obedece, quiera o no, a las leyes que rigen la vida."

La sobrevivencia del hombre dependerá del cuidado que él mismo se procure y de las recomendaciones y atenciones que el médico le imparta. Los seres humanos somos adaptables a las diversas latitudes, a los diferentes climas, a los cambios atmosféricos y a miles de situaciones. La lucha del hombre sobre la tie-

rra es constante y siempre logra triunfar de los cambios y de las adversidades; algunas veces con su propio ingenio y otras ayudado de los demás. La protección tiene dos aspectos, el instintivo y el que nos da la educación. El hombre normal busca su protección por este último mecanismo: el obrero que trabaja en una fábrica tendrá un atento cuidado para evitar los accidentes propios del ejercicio de su actividad; pero el médico y los patrones deberán instruirlo y educarlo para precaverse. La obligación del médico consistirá también en ayudar a la naturaleza. En materia de enfermedades infecto-contagiosas, además de la inmunidad natural que poseemos y la que se adquiere después de haber sufrido ciertas enfermedades, el médico ayudará aplicando vacunas para crear una inmunidad inducida. Establecerá campañas sanitarias para exterminar los agentes transmisores, auxiliado por el ingeniero sanitario. El médico indicará la manera de alimentar al hombre y dará cuenta de eso al economista para que provea lo necesario. Si no contrariásemos en ciertos aspectos a la naturaleza no podríamos vivir. En un orden superior, la vivencia del hombre es lo que importa.

Para que el médico llene plenamente su papel de aliado o enemigo de la naturaleza —ya se sabe a qué nos referimos— deberá eliminar su egoísmo natural; sentir placer en dar, en beneficiar interesándose por las necesidades ajenas y respetando la dignidad de los demás. Su propia vida —la del médico— no deberá ser considerada como una inversión sino como un tesoro que se disfruta con el placer de contemplar a todos sanos y felices.

Las ligas que el hombre tiene sobre la tierra, por fuertes que sean, son efímeras; Hipócrates hace una mención sutil a este respecto al advertirle al hombre: "No hay más que un fin y un esfuerzo... para que cumpla su destino fulgurante."

* * *

Natura medicatrix. Esta frase debe ser interpretada en el sentido de que la naturaleza es única, pero repartida en distintos sectores, los cuales al entrar en conflicto provocarán la enfermedad. Pero la naturaleza en general es la única que impone el orden; nosotros debemos ser sus administradores para saber lo que conviene más en ese orden. Para nosotros los médicos, ya se sabe, lo primero es el ser humano y su conveniencia.

Hay qué decir algo sobre los ritmos biológicos; algunas veces comprobamos el hecho, pero no sabemos las causas: una úlcera péptica tiene generalmente un ritmo en su evolución y en sus manifestaciones clínicas, pero no sabemos la causa que la produce; de otros ritmos biológicos sabemos sus causas: el de la menstruación, por ejemplo.

Cada hombre adopta un ritmo para vivir; los hay quienes duermen diez horas, una hora menos de sueño les causará trastornos. Los hay quienes duermen

ia siesta; los que comen con un horario; los que constantemente tienen frío; los que continuamente tienen calor. Algunas veces el ritmo individual dependerá del funcionamiento glandular, del estado del metabolismo de las diversas sustancias orgánicas. De los ritmos individuales, cuando éstos no sean debidos a causas morbosas, debemos decir que el médico está en la obligación de respetarlos sin tratar de imponer modificaciones que redunden en perjuicio y no en beneficio del enfermo. En otros casos, la constitución del hombre y el agente causal se conjugan para dar el resultado final, que a veces es la curación y otras la muerte. Poco harán nuestros conocimientos para interrumpir el ciclo; la terapéutica debe consistir, a veces, en ayudar a la naturaleza del enfermo; otras, en debilitar o extermiar el agente causal.

La salubridad pública y la seguridad social, vistas desde el punto de la filosofía hipocrática, deberán tender a eso: a mejorar el ambiente, a fortalecer las defensas del hombre y a exterminar los agentes nocivos. Algunas veces la prevención de los accidentes y las enfermedades transmisibles se hará con nuestros propios cuidados, pero también con la educación del pueblo.

Los médicos de las instituciones seguirán la misma ética general que requieren todas las actividades humanas, con las aplicaciones especiales en el caso de la medicina. Para esto viene al caso la cita de Orestano: "Si ahora se quisiera apartar la ética de toda necesidad práctica y acercarla al tipo de una ciencia pura, habría que circunscribir su tarea a aquella función teórica que los positivistas describieron como la representación más económica de lo real; es decir, la más simple y a la vez la más completa descripción de los fenómenos. Sin embargo, para obtener tal economía en la descripción científica es necesario reducir los fenómenos a sus relaciones funcionales universales, así como la física y la química lo han hecho con respecto a los complicados fenómenos de la naturaleza." Dentro del dominio de una ética humanista, el médico deberá tener en cuenta al hombre como entidad real y no como un ser ficticio sujeto a un número de clasificación o a disposiciones reglamentarias nocivas a su naturaleza.

Así como el enfermo, el médico tiene que adaptarse a las situaciones nuevas. No pertenezcamos al grupo de los inadaptados, que no han sabido entender la evolución rápida de un mundo moderno. Cuando desde afuera oímos hablar de la crisis resultante del advenimiento de una nueva época, nada ni nadie podrán hacer que el ser humano renuncie a sus derechos a vivir y a ser sano, que es la base de la felicidad humana. Sepamos imbuir al enfermo el deseo profundo de la curación, alejándolo de la personalidad de enfermo, para adquirir la del hombre cabal. Por eso son tan necesarios los estudios de psicología, y de urgente realización el hacer del médico un hombre culto. Solamente así podremos también exigir un salario decoroso y el respeto universal.

Como se verá no es la idea de la Medicina Neo-hipocrática hacer un "regressus in infinitum", porque si tratásemos de regresar llegaríamos a la nada de

donde todo ha partido. Una vuelta atrás, abandonar las adquisiciones de la ciencia, harían perder la eficacia de la medicina.

Lo que se llamó arte de curar se ha convertido en ciencia; ya pocos son los tanteos, y los buenos resultados mucho más frecuentes.

La medicina contemporánea maneja una técnica, tiene un orden y un método. Luchemos por que un pensamiento humanista rija sus prácticas, y no creamos que la herencia de Hipócrates ha dejado de tener vigencia, ya que los olvidados o ignorantes acabarán siempre por perder el verdadero camino.

México 14 de agosto de 1963.

DR. RAÚL FOURNIER VILLADA